

010-PS

ARCO DE LA LUZ

Curso: MBA

No, la luz no se acaba, si de verdad fue tuya.
ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

I

Entre la médula
de los cendales de su niebla
y la lenta resurrección
del ámbar,

 alzan leves
en las presentidas colinas
los vitrales del aire.

Desde su caverna de tiempo
resurgen,

 los cuerpos de nácar,
de sus honduras
convergen en los días
con la imagen gloriosa
de su revelación,
en el espejo
de los dulces inicios
de la luz primera del alba.

II

Arde la luz
en el sorprendido misterio
de tu mirada.

Sólo una cúpula
de magnolios y de jazmines
sobre la transparencia
del alabastro de tus senos,
sobre mis hombros
la clámide del áspid
y el esplendor frutal
del instante, la luz
que nace en el espejo de tus ojos
contra la muerte del olvido.

III

Éramos en la luz
como estatuas de sal
paralizadas
en el deslumbramiento
de nuestros corazones,
diamantes las miradas
en el cristal del aire,
atanor de una alquimia
detenida en el tiempo
sin sombras del recuerdo,
refulgía el oro del deseo
en las pupilas
encandiladas,
 en el vuelo
de las manos hacia los pétalos
intactos de las rosas,
hacia las nubes de los días
donde el azul
desvelaba la sed
en la raíz del viento
que asolaba los labios
heridos de la luz.

IV

Estampa la luz su oro
en la ingravidez de las horas
detenidas en la contemplación
de un fuego
 que arde
 sin quemarnos.

Quedan los cuerpos
encendidos por la cimera
del crepúsculo,
 entre llamas
de rosicler la magia
del instante
 que vuelve
como réplica tan fugaz.

V

En los reflejos últimos
del fuego,
 el signo de la noche,
sus oscuros designios
labrados en la piedra
de la ausencia,
en la negrura de su manto
su cabellera suelta:
su lenta muerte
en los brazos del tiempo.

Al contraluz,
contra el vacío
y contra el tiempo,
bronce de estatuas
detenidas en el abrazo
de los cuerpos ateridos
de tanta soledad,
de este tiempo varado
al borde de la piedra.

VI

Cierras los ojos
y sólo ves la noche,
el sonoro silencio
de la música de sus ritmos
fluyentes al vacío
de sus honduras,
los círculos concéntricos
de la nada,
 su dulce cavidad
sin nombre,
 el tiempo detenido
en la íntima contemplación
de su negrura.

VII

Tan sólo un ritmo
sideral,
 tan oscura
música de silencios
armoniosos,
 ausentes
de espacio,
 cavidad de negras soledades
donde parece la mirada,
tan sólo la ceguera
en su negrura
 vibra
en el presentimiento
 de la nada
en la que un corazón diluye
las últimas memorias
 de la luz.

VIII

Bajo el sigilo de los párpados
hacia la hondura
de los sueños,
 la dicha
oculta un sortilegio
de alabastro en los cuerpos
traslúcidos de amor
en el instante que precede
a la epifanía del alba.